

convenirlo, á imponerle una multa y la pérdida de algunos distritos, autorizándolo para usar las insignias reales (1).

En el Ponto, procuró Farnaces negociar para dar largas al asunto; pero César no se dejó engañar por un bárbaro, bien que astuto, y siguió adelante, sin tener en cuenta el número de su ejército, que era bastante reducido: una sola legión de veteranos que no pasaban de mil hombres á causa de las bajas naturales y de campaña, las dos legiones de la provincia de Asia, batidas ya por el mismo Farnaces, y algunas tropas de Deyotaro. Pero con César los más bravos se hacían pronto bravos soldados y el enemigo se sen-



Cleopatra y César honrando á los dioses de Egipto (2)

tía de antemano vencido por aquel capitán á quien nadie había podido vencer.

Esta vez, sin embargo, Farnaces que se preciaba de haber ganado veintidós batallas, se atrevió á esperar al ejército romano, y aun fué el primero que rompió las hostilidades. César se sonrió ante aquella audacia (3) y una sola acción redujo al hijo de Mitrídates á huir con algunos jinetes hasta el Bósforo, donde murió á manos de Asander, que se había casado con su hermana Dinamis y ocupó su lugar. En cinco días estuvo terminada esta guerra. *Vine, et, venci*, escribía César á un amigo suyo en Roma. Dió el reino de Farnaces á Mitrídates Pergamense, que tan bien había conducido la expedición de Egipto, y como no podía asegurarle su posesión inmediata, añadió á esto, las tetrarquías galaicas de Deyotaro (4). «¡Dichoso Pompeyo, escribía César comparando estas guerras de Asia con sus campañas de las Galias, dichoso Pompeyo, que á tan poca costa adquirió el sobrenombre de Grande!» Después de haber arruinado la fortuna de su rival, arruinaba también su gloria.

II. — VUELTA DE CÉSAR Á ROMA (47).

Arreglados los negocios de Asia, partió César, en fin,

(1) Este Deyotaro, cuyo retrato tan favorablemente hace Cicerón, su abogado, no era sino un hombre depravado. Plutarco lo representa como un déspota cruel. De los muchos hijos que había tenido, sólo dejó á vida al que había de sucederle. Mató también á su hija y á su yerno (Strab. XII, 568). Su nieto Cástor lo acusó en Roma de haber querido asesinar á César. Aquellos reyes de Asia no eran esposos ni padres. Es difícil saber lo que César dejó á Deyotaro, no estando de acuerdo en este punto Hircio, Cicerón y Dion Casio.

(2) Bajo relieve del templo de Denderah representando á Cleopatra y á César haciendo ofrendas á Hathor. (Rosellini, *Mon. stor.* II, 406.)

(3) ... *Irridebat inanem ostentationem* (Bell. Alex. 74).

(4) Mitrídates no llegó á tomar posesión de su reino, habiendo muerto también á manos de Asander (Strab. XIII, 625; Dion, XLII, 48; XLVII, 28).

para Italia donde su prolongada ausencia había causado graves desórdenes, y llegó antes de que se supiera que había partido.

Causaba estas turbaciones un personaje que ya hemos encontrado, Celio, aquel amigo de Cicerón, que lo declara un gran político, y en la historia sólo aparece como un enredador. Era, sin embargo, un hombre de ingenio, muy decididor en las reuniones y muy más maldiciente, y se metió en política, cuando el anhelo de figurar se mezcló en él con la afición á los placeres. Pretor el 48, se creyó mal recompensado de servicios que no había prestado ciertamente, y sin más títulos que algunas cartas humorísticas y muchas aventuras escandalosas, aspiró á los primeros papeles, que por su mal estaban tomados todos. En el momento en que de jefe popular y caudillo de guerra, se hacía César jefe del Estado con el mayor sentido político, hízose Celio demagogo, y pensó en buscar la fortuna poniéndose al frente de los pobres. Prometió su apoyo á los deudores que no quisieran someterse á la decisión de los árbitros, tan juiciosamente establecidos por César un año antes, y no presentándose nadie, recurrió á los grandes medios revolucionarios, á la suspensión del pago de los alquileres y á la abolición de las deudas.

El senado de César y su colega en el consulado Servilio mostraron felizmente mucha decisión. El cónsul prohibió á Celio ejercer las funciones de su cargo, y obstinándose el pretor en ejercerlas, hizo romper su silla curul y lo arrojó de la tribuna sin que se alzara una voz en el pueblo á favor de aquel representante rezagado de las violencias tribunicias. Después de este deshonor público y de tal abandono por parte del pueblo, el nuevo Catilina salió de Roma y acabó como él, pero con menos grandeza salvaje.

Celio había llamado de Marsella á Milón, que aun conservaba algunos gladiadores; y los dos procuraron excitar una sublevación en la Campania y en la Magna Grecia. No se les concedió ninguna importancia á aquellos aventureros



Farnaces II, rey del Ponto (5)

tan ambiciosos como oscuros, los cuales perecieron sin fama ni ruido, el uno en Cosa y el otro en Turios.

En los ocho meses que duró la lucha de la Grecia estuvo la ciudad en el mayor anhelo, que no dispó la noticia de la victoria de Farsalia, porque todas las fuerzas pompeyanas que habían quedado permanecían á las inmediaciones de Italia. Cuando llegó la nueva de la muerte de

(5) De una moneda de oro de este príncipe. Clarac, *Iconograf.* p. 1031, n.º 2984.

Pompeyo y se vió su anillo traído por Antonio, el entusiasmo hasta entonces incierto y guardado como en reserva al servicio de aquel de los dos rivales que designara la victoria, estalló al rededor del nombre de César. Antonio tuvo buen cuidado de dirigirlo de una manera útil á los intereses de su general, que fué elegido segunda vez dictador por un año entero (oct. 48); se le dió por cinco el consulado, el poder tribunicio por toda su vida, y el derecho de decidir de la paz y de la guerra, con la presidencia de los comicios de elección para las altas magistraturas. Así, como estaba ausente, no se eligieron para el año 47 más que tribunos del pueblo.

César tomó posesión de la dictadura en Alejandría, y puesto que no había cónsules, encargó á Antonio, su maestro de la caballería, del gobierno de la ciudad. Bravo, pero violento y licencioso, Antonio no tenía la energía perseverante ni la prudencia que las circunstancias reclamaban, y los siniestros rumores que cundieron sobre la apurada situación de César en Egipto hicieron indecisa su conducta, sin atreverse á hacer frente á los intrigantes y revolvedores, á quienes la muerte de César hubiera hecho acaso pasar el poder. El yerno de Cicerón, Cornelio Dolabela, hizo, como Clodio, que lo adoptara un plebeyo, para llegar al tribunado, y una vez elegido, reprodujo la proposición de abolir las deudas. Antonio resistió al principio flojamente; pero cuando creyó tener que vengar en Dolabela una ofensa personal, pasó al exceso contrario, y volvieron á renovarse en la ciudad escenas de violencia y de pillaje (1), como para probar hasta á los más incrédulos la indispensable necesidad que tenía Roma de un dueño. Afortunadamente llegaba éste ya: César desembarcaba, al fin, en Tarento, en setiembre 47.

Contra lo que esperaban muchos, su regreso no se señaló por ninguna proscripción; solamente confiscó los bienes



Asander, rey del Ponto (2)

de aquellos que aun conservaban contra él las armas en la mano y sacó á pública subasta los de Pompeyo. Dolabela y Antonio fueron licitadores y á ellos se les adjudicaron; sino que Antonio se negó á pagar el precio de los que le tocaron, contestando altivamente á las reclamaciones de César que eran su parte de botín. El dictador se contentó con imponerle una ligera restitución: César no estimaba á los hombres de su tiempo lo bastante para emplear

(1) Cic. *Philipp.* II, 25. En uno de estos tumultos perecieron 800 ciudadanos.

(2) De una moneda de oro.

con ellos la severidad, lo que hubiera sido suponerlos capaces de ser mejores, y por temperamento repugnaba las medidas de rigor.

Multiplió los cargos públicos; unos como la pretura, en interés del servicio; otros como los colegios sacerdotales para satisfacer vanidosas y pueriles ambiciones (3). Aumentó en un doble el senado, llamando á él bravos oficiales, como había hecho después de Canas Junio Pera, y dando



Dinamis, mujer de Asander (4)

la laticlavia á los más considerados de los provinciales (5). La nobleza romana se indignó naturalmente, llamando bárbaros á los recién venidos y persiguiéndolos con sus sarcasmos; pero aquellos supuestos bárbaros representaban en la curia una grande y nueva idea, la unidad del mundo romano.

Aunque corría el noveno mes del año, reunió los comicios consulares y proclamó á Fufio Caleno y á Vatínio. Algunos días después se hizo designar á sí mismo para el consulado del año siguiente, con Lépidio, y tomó al mismo tiempo la dictadura. Provisos sus partidarios de empleos y dignidades, pagó á los pobres el alquiler de un año y concedió á los deudores la supresión de los intereses de los tres últimos plazos.

Los soldados, por su parte, reclamaban también el cumplimiento de las promesas tantas veces renovadas, y los de la décima legión llevaron su enojo hasta la rebelión contra sus jefes. César lo supo y los convocó al Campo de Marte, adonde fué él solo, subió á su tribunal y les dijo que expusieran sus quejas.

A su vista se acallaron los murmullos; y avergonzados y confusos sólo pidieron sordamente sus licencias. «Os licencio, contestó al punto el general: idos, pues, *quírites*.» César encontró la más viva ofensa para ellos: los ha llamado ciudadanos, á ellos sus compañeros de armas, á sus vete-

(3) Aumentó también el número de los augures, de los pontífices y de los quinceviro. Nombró diez pretores en lugar de ocho (Dion, XLII, 51). Más tarde se elevó su número á doce, á catorce y hasta á diez y seis (Ibid. y XLIII, 59). Salustio, á quien nombró pretor, volvió entonces al senado del cual había sido expulsado.

(4) De una moneda. Esta princesa, hija ó nieta de Mitrídates el Grande, se casó en segundas nupcias con Polemón primero, rey del Ponto.

(5) César mismo habló de dos senadores alóbroges (Bell. civ. III, 59) y de un senador español (Bell. Afric. 28). Hemos visto que durante sus campañas tenía mesa franca para los provinciales de distinción, *illustrioribus provinciarum* (Suet. *Jul. Cesar.*, 48). El emperador Claudio atestigua que mucho tiempo antes de él suministraba Viena senadores á la curia romana.

ranos. Hacerlos ciudadanos es como degradarlos; prefieren que los castigue, que los diezme. Y le instan y apremian para que retire la palabra. Se ha encomiado este rasgo de elocuencia, que derrama triste luz sobre aquella época: todo lo que hemos dicho sobre la transformación de las costumbres políticas se explica por el sentido que se da ahora á estas dos palabras: ciudadanos y soldados, *quirités* y *comilitones*. El hombre civil no es náda; el hombre de guerra lo es todo. El reinado de los ejércitos se acerca; su jefe no quiere ya dejar ni aun en el interior de la ciudad su título militar de *imperator*.

III. - GUERRA DE AFRICA (46). - TAPSO. - MUERTE DE CATÓN

Apaciguada esta sedición, partió César al Africa para exterminar los restos de los vencidos en Farsalia. Después de aquella derrota, Octavio, uno de los jefes pompeyanos, había reunido algunas tropas en Macedonia, y de aquí pa-



Cn. Pompeyo (1)

sado á Iliria; pero perseguido por Cornificio y Vatinio, tuvo que huir al Africa, donde Yuba y A. Varo mandaban el único ejército que pudiera preciarse de haber obtenido una victoria. Los jefes reunidos en Corcira, Labieno, Escipión, Afranio, Petreyo y Fausto Sila, hijo del dictador, hubieron de resolver ganar esta provincia. Catón estaba en Dirraquio con una flota y soldados, y había ofrecido el mando á Cicerón, que era consular, cuando él no pasaba de pretor. Pero desde el desastre de Farsalia, pasaba Marco Tulio las mayores angustias, temiendo permanecer con aquellos *insensatos*, avergonzado de partir y sin saber cómo excusar con César su fuga de Italia. La proposición de Catón lo decidió. «¡Cicerón mandar! ¡Cicerón combatir, cuando era menester, no tomar las armas, sino arrojarlas! Era una irrisión.» El hijo mayor de Pompeyo, Cneo, indignado de estas palabras, corrió tras él, espada en mano, y le hubiera dado muerte, si Catón no hubiera protegido su partida.

Marco Tulio volvió á Brindis, siempre acompañado de sus lictores con sus fascas coronadas de laurel triunfal, y durante un año maldijo allí la guerra de Alejandría, la de Farnaces y la demora de César, culpable esta vez de eternizar sus ansiedades, dando á los pompeyanos tiempo para levantarse y traer acaso nuevas peripecias.

Mientras sus amigos se dirigían á Utica, sospechando

(1) De una moneda que Sexto Pompeyo hizo acuñar durante la guerra de Sicilia. La cabeza de Cneo está enfrente de la de su padre y la de Sexto aparece sola en el reverso de la misma moneda.

Catón que Pompeyo se había dirigido á Egipto se resolvió á conducirlo sus trescientos barcos y las tropas que los montaban, y sin la traición de los egipcios estas fuerzas hubieran podido cambiar la faz de los acontecimientos, encontrando en Alejandría á Pompeyo vivo. Pero con más prudencia, se hizo á la mar con rumbo á la Cirenaica, á fin de recoger allí noticias más seguras. El mismo hijo de Pompeyo fué quien le hizo saber la catástrofe, y ya con esto, no le quedaba más recurso que volver á la provincia romana de Africa. Los mismos vientos que impedían á César salir de Alejandría obligaron á Catón á dejar su flota todo el invierno en los puertos de la Cirenaica. Pero dada la urgencia de incorporarse al ejército que se formaba al rededor de Utica, se proveyó de agua y víveres en Cirene y penetró en el desierto de Barca. Cuando al cabo de treinta días llegó á *Leptis Magna* (Tripoli) estaban sus tropas tan fatigadas que tuvo que resignarse á pasar allí el resto del invierno. Por lo demás estaba allí al alcance de Escipión y tenía la seguridad de poder operar su reunión con él.

Habíase reconocido por caudillo á aquel consular que llevaba un nombre de buen augurio en una guerra de Africa; sino que Escipión era un mal general (2). Tomó por teniente al que lo fué de César en otro tiempo, á Labieno, cuya pericia no podía balancear los inconvenientes de la mala elección que se había hecho. Si en Dirraquio, en Farsalia, estaban ya divididos los pompeyanos, ¿qué sería ahora que no existía el único hombre que podía contenerlos? Alguien, sin embargo, tenía ínfulas de jefe supremo: era el rey bárbaro Sin Catón, todos aquellos romanos tan altivos y orgullosos le hubieran cedido, hasta Escipión, á quien hubo de prohibir Yuba que usara la clámide de púrpura que llevaban los caudillos, porque la púrpura, decía el bárbaro, es sólo para los reyes.

Yuba quería que se entrara á saco la ciudad de Utica, diciendo que era afecta á César, y en realidad por destruir la capital romana de Africa. Catón se opuso resueltamente; pero Escipión no tenía tan larga vista: se comprometió á pagar la caballería nómada, y entrando, inconsciente, en las miras del rey bárbaro, devastó la provincia á pretexto de arruinar anticipadamente al enemigo.

En cuanto César tenía algunas tropas á la mano, iba resueltamente adelante. Esta vez también pareció que se jugaba la fortuna á los dados. Renovando la temeridad que le había hecho pasar el canal de Otranto sin tener en cuenta la flota pompeyana, que hubiera podido echarlo á pique, se embarcó, á pesar de la contrariedad de la estación, pasó el canal de Malta y al cabo de cuatro días arribó á las inmediaciones de Adrumeto (Souza). Al desembarcar, se cayó, lo que era de mal augurio; pero él lo trocó en feliz presagio. «¡Tierra de Africa! exclamó, ¡ya te poseo!» Y sus soldados no dudaron ya de la victoria. No tenía, sin embargo, más que cinco mil peones y ciento cincuenta jinetes galos (1.º enero 46). Era apenas una escolta, y se exponía á encontrar un adversario que tenía sesenta mil hombres sobre las armas, ciento veinte elefantes y numerosa caballería. Pero juzgó que la flota enemiga cuerdamente retirada en sus puertos le dejaría libre el paso, y sus legiones, cansadas de guerra, tenían necesidad de que las aguijoneara el sentimiento del peligro á que su caudillo se arrojaba.

(2) Los *Comentarios* no hablan de este Escipión, hombre oscuro y despreciable, á quien César, según Plutarco, habría fingido poner á la cabeza de su ejército. No se sabe quién ha escrito la historia de *Bello Africano*, pero la narración es ciertamente de un testigo ocular, acaso de Hircio, el autor del octavo libro de la *Guerra de las Galias*, y, lo que es menos cierto, de la *Guerra de Alejandría*.

Tenía también otros motivos de confianza: había corrido el rumor de que, para pagar el concurso de Yuba, le había prometido Escipión el abandono de la provincia romana, y los numerosos ciudadanos que estaban allí establecidos se indignaban de un tráfico que les haría pasar bajo la dominación de un rey bárbaro. Entre ellos, había muchos descendientes de los veteranos maristas, los cuales con la tenaz fidelidad de los romanos á las tradiciones de familia,



Moneda de Utica (1)



Moneda de Cirene (2)

veían un patrono en el sobrino del general de sus padres (3). Los pompeyanos castigaban este sentimiento como una felonía, y devastaban los distritos donde creían encontrarlo. Todo cesarista que caía en sus manos era condenado á



Moneda de Barce (4)



Moneda de Yuba I (5)

muerte. Cicerón mismo se indignó de estas crueldades. A pesar de sus repetidas derrotas, aquellos herederos de Sila estaban animados de su espíritu, y todo demuestra que si hubieran triunfado, una violenta reacción habría hecho correr un río de sangre en Roma, en Italia y en las provincias.

Este régimen de terror no aseguraba la fidelidad de sus soldados: su ejército, en su mayor parte formado de libertos, esclavos, campesinos arruinados y provinciales reclutados por fuerza, no tenía consistencia. El nombre sólo del caudillo contrario espantaba á esta tropa, que no participaba de las pasiones de sus jefes, y los desertores llegaban al campamento de César en tal multitud, que pudo formar con ellos toda una división.

Llególe también otro refuerzo, con el cual no contaba. Tal era el desorden en aquella república en descomposición, que el italiano Sitio, antiguo cómplice de Catilina, se

(1) Livia sentada: en el campo D. D. (*decreto decurionum*) P. P. (*pater patriae*). Reverso de una moneda de bronce de Tiberio, acuñada en Utica por Vibio Marso, proconsul.

(2) ΔΑΜΩΝΑΚΤΟΣ. Júpiter Ammón, y á su lado un carnero. En el reverso, ΚΥΡΑΝΑΙΩΝ, mujer guiando una cuadriga. Moneda de oro de Cirene.

(3) ... *Qui sumus clientes C. Marii... ad te volumus in tuaque praesidia confugere* (*Bell. Afric.* 35). Escipión se había comprometido á mantener la caballería del rey á costa de la provincia (*Ibid.* 8). De aquí las exacciones que indisponían á la población. Además para reducir por hambre á César se había acumulado todo el trigo en las plazas fuertes, y devastado el país, *agros desertos ac devastatos esse*.

(4) ΒΑΡΚΕΙΟΣ. Cabeza de Júpiter Ammón de frente. Moneda de plata de Barce.

(5) REX IVBA. Busto de Yuba I con su cetro. Reverso, templo de ocho columnas y leyenda púnica. Moneda de plata de Yuba I.

había creado en Africa una especie de monarquía nómada: había reunido á su alrededor aventureros de todo país, y formado con ellos un pequeño ejército, que tenía una escuadra de guerra y andaba errante á lo largo de las costas y aun tierra adentro, ahora viviendo del pillaje, ahora de la soldada que pagaban los jefes á quienes vendían su concurso. Sitio era del todo indiferente á la gran contienda que conmovía al mundo romano; pero la fortuna de los pompeyanos le inspiraba poca confianza, mientras tenía mucha en la de César; y luego era posible que en su vida vagabunda, algún rozamiento con Yuba le hubiera atraído su enemistad ó malquerencia. Sitio tenía gran conocimiento de los lugares é inteligencias en los dos reinos nómada y moro.

César le confió la misión de decidir á Bocco á invadir los Estados de Yuba luego que este rey saliera de ellos para reunirse con sus aliados.

El dictador esperaba tomar sin dificultad ninguna á Adrumeto, que ocupaba Considio con fuerzas superiores, y aun fué éste á amenazar á los cesaristas, que retrocedieron hasta Ruspina, hostigados en su marcha por dos mil jinetes nómadas; pero siempre que los ciento cincuenta galos de César, pesadamente armados, cargaban á la caballería nómada, que no usaba bridas ni más que un dardo que lanzar, volvía grupa y huía.

Las ciudades comerciales de la costa estaban por aquel que acabara antes aquellas interminables guerras, es decir por César: una de ellas, Ruspina, le envió diputados, y César se dió buena prisa á ocupar esta plaza que tenía un puerto, donde podía esperar las seis legiones que quedaron en Sicilia. Y todavía le llegaron mejores nuevas: Leptis la Pequeña, que á pesar de su nombre, era una rica é importante ciudad, le ofreció su puerto, que era uno de los mejores de aquella costa y bastante capaz para que César pudiera resguardar en él sus barcos muy holgadamente.

Muy pronto llegó un convoy (6) y otros estaban en marcha. César iba á salir á recibirlos para evitar que cayeran en manos del enemigo, cuando éste apareció á vista del campamento. Sin demora tomó la ofensiva, y á tres millas de Ruspina, vino á encontrar con treinta cohortes, la innumerable caballería de Labieno.

Labieno dejó que los suyos combatieran á su manera: llegaban á cierta distancia del frente de batalla, lanzaban sus dardos y huían arrastrando tras sí á los legionarios en desorden, los cuales prestaban entonces el flanco y caían á los golpes de los peones enemigos. César hizo correr la orden por todas las filas de que nadie se alejara de los estandartes más de cuatro pies. Esta inmovilidad alentó más al enemigo y acercándose Labieno á los cesaristas les gritaba: «¡Eh! bisoños! hacéis bien los bravos! Vuestro jefe os ha trastornado la cabeza con sus buenas palabras; pero ¡por Hércules! os ha metido hoy en un mal paso y os compadezco. — Te engañas, le contestó un soldado; no soy yo un bisoño sino un veterano de la décima legión. Reconóceme, añadido

(6) Se conocía ya entre los romanos el uso de entregar á los capitanes de los navíos órdenes selladas, que no debían abrir hasta estar ya navegando, ó á día fijo, puesto que se reconviene á César por no haberlo hecho (*Bell. Afric.* 3).

(7) S. P. SITIVS M... IVS IIIIVIR DECR. DECVR. D. Moneda de bronce de Cirta.



Moneda de Sitio (7)